

EL ALBA

El Herald de la Presencia de Cristo



La Revista El Alba

Agosto de 2026

Índice

EL ARTÍCULO PRINCIPAL.....	2
LA IGLESIA - PARTE 2 DE 2.....	2
LOS ESTUDIOS BÍBLICOS	17
JESÚS Y TOMÁS	17
EL PRIMER MÁRTIR CRISTIANO.....	20
PABLO HABLA AL PUEBLO	23
PABLO ANIMA A TIMOTEO	26
LIDIA, LA VENDEDORA DE PÚRPURA	29
VIDA Y DOCTRINA CRISTIANAS	32
VISIONES DEL SEÑOR.....	32

¡Sigue la lectura en tu Biblia!

La Iglesia - Parte 2 de 2

«Y [Cristo] es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia; él, que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia».
Colosenses 1:18

En la primera parte de nuestra reflexión sobre el tema «La Iglesia», que apareció en la edición del mes pasado de la revista La Revista El Alba, nos centramos en el significado bíblico de la palabra «iglesia», cómo surgió tras la Primera Venida de Jesús y los requisitos para convertirse en miembro. También analizamos qué significa «ser bautizado en Cristo», el simbolismo del bautismo en agua y la organización de la iglesia tal como se presenta en la Biblia.

En la edición de este mes, profundizaremos en este tema. Entre los temas importantes que se tratarán en las páginas siguientes se incluyen: el papel de los doce apóstoles y otros servidores de la iglesia; la misión de la iglesia; y las fases celestiales y terrenales del plan de Dios para la salvación de toda la humanidad del pecado y la muerte por medio de Cristo.

Los doce apóstoles

Según el designio divino, toda la iglesia, a partir del Pentecostés, debía ser servida por doce apóstoles designados por Dios. (Apocalipsis 21:10, 14; Efesios 2:19, 20). De acuerdo con esto, Jesús escogió a

doce personas para que lo acompañaran durante su ministerio, a fin de que pudieran recibir capacitación e instrucción personal de su parte. Estos fueron Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, Tadeo, Simón y Judas. Mateo 10:2-4

Judas, como sabemos, se mostró infiel, y las Escrituras indican que Pablo fue elegido por el Señor para ocupar su lugar. En Hechos 1:23-26 se nos informa de un esfuerzo por parte de los once apóstoles restantes para elegir a alguien que ocupara el lugar de Judas. Se decidieron por Matías. Sin embargo, esta decisión se tomó antes de que recibieran el espíritu santo, y no hay evidencia de que el Señor haya aceptado su elección. El nombre de Matías no vuelve a aparecer después de esto.

La palabra apóstol [en griego: «apostolos»] significa «el que es enviado», un delegado o embajador del Evangelio. Desde este amplio punto de vista, todo cristiano es un apóstol, pues todos somos «embajadores de Cristo». (2 Corintios 5:20) De hecho, la palabra griega «apostolos» se utiliza en la Biblia refiriéndose a otras personas además de los doce apóstoles elegidos. (Juan 13:16; Filipenses 2:25) Sin embargo, esto no significa que ocuparan la misma posición elevada de autoridad en la iglesia que la otorgada por designación divina a aquellos especialmente elegidos por el Señor.

En Juan 17:12, Jesús se refiere a los doce apóstoles designados por Dios como aquellos que su Padre Celestial le había dado. Estos apóstoles especiales no se eligieron entre sí para el cargo, por lo que no tenían autoridad para elegir a Matías para ocupar el lugar de Judas. Así como el Señor había elegido a

los demás, también, en su propio tiempo y a su manera, tras la resurrección, eligió a Pablo y le otorgó autoridad como uno de los doce.

Los doce apóstoles eran más que simples predicadores del Evangelio. Fueron milagrosamente inspirados por el espíritu santo, lo que les permitió hablar y escribir el mensaje de la Santa Palabra de Dios con autoridad y precisión. Su palabra fue, y sigue siendo, un mensaje divino para todo cristiano. Es debido a esta posición de autoridad que ocupan en la organización de la iglesia que a la iglesia completa se le compara con una ciudad. Se muestra que esta ciudad simbólica tiene doce piedras fundamentales y en estas piedras están escritos los nombres de «los doce apóstoles del Cordero». Apocalipsis 21:14

Otros siervos

En Efesios 4:11, el apóstol Pablo nos informa que el Señor provió otros siervos en la iglesia. Además de los apóstoles, dispuso que hubiera profetas, evangelistas, pastores y maestros. Pedro se refiere a los escritores del Antiguo Testamento como los «santos profetas» de Dios. (2 Pedro 3:2) Estos escribieron «inspirados por el espíritu santo», por lo que el cristiano debe considerar su palabra, al igual que la de los apóstoles, como autoritativa. 2 Pedro 1:21

Sin embargo, cuando Pablo se refiere a los profetas como siervos en la iglesia, utiliza el término en un sentido mucho más amplio, aplicándolo a quienes exponen públicamente el Evangelio. (1 Corintios 12:28; Efesios 4:11; Hechos 11:27, 28; Hechos 15:32; Hechos 21:10, 11) Estos profetas,

evangelistas, pastores y maestros son todos servidores esenciales en la iglesia, pero no están inspirados como lo estaban los doce apóstoles, ni son designados de la misma manera milagrosa que los apóstoles.

La expresión del Nuevo Testamento «ordenaron... ancianos en cada iglesia», según el texto griego, «», se refiere más bien al «levantamiento de la mano», como en una votación. (Hechos 14:23) La implicación clara es que los servidores de menor rango de la iglesia, tanto los ancianos como los diáconos, debían ser elegidos por votación de la congregación a la que iban a servir.

El término bíblico «anciano», que también aparece en el versículo anterior, se aplica generalmente a los hombres que sirven a la iglesia en el ámbito espiritual. Un pastor, un maestro, un evangelista o un profeta, en su calidad de expositores públicos, entrarían dentro de la designación general de «anciano». La palabra griega «presbuteros», de la que se traduce en Hechos 14:23, significa «el que es maduro». En la iglesia, describiría a alguien reconocido por ser firme en la fe y espiritualmente maduro en experiencia.

La palabra «obispo» también se utiliza en el Nuevo Testamento y se aplica a los servidores varones elegidos por la iglesia. La palabra griega «episkopos», de la que se traduce, significa «superintendente» o «supervisor». Todos los ancianos son, propiamente hablando, según la oportunidad y la capacidad, supervisores en la iglesia. Es su deber velar por el rebaño de Dios y atender sus necesidades, particularmente en el ámbito espiritual. 1 Timoteo 3:1, 2; Tito 1:7

La palabra «el diácono» también aparece algunas veces en relación con la organización de la Iglesia primitiva. Es la traducción de una palabra griega, «diakonos», que significa «hacer recados» o «atender». Las Escrituras indican que los diáconos eran «hombres de buena reputación, llenos del espíritu santo y de sabiduría», designados para ayudar con los asuntos materiales de la iglesia. Los primeros en ser designados fueron los de la iglesia de Jerusalén. Hechos 6:2-4; 1 Timoteo 3:8-13

Los requisitos bíblicos para quienes pueden ser debidamente elegidos por una congregación para servir como ancianos, u obispos, y diáconos, son establecidos por Pablo en 1 Timoteo 3:1-13. En estos requisitos, la expresión «apto para enseñar» implica una comprensión adecuada de la Verdad del plan de Dios tal como se enseña en la Biblia. Cualquier grupo de creyentes consagrados, grande o pequeño, que cuente con hermanos que cumplan con estos requisitos, está autorizado por las Escrituras a elegirlos para estos ministerios. Cuando esto se hace, el Señor reconoce estos nombramientos.

Las Escrituras dejan claro que ningún grupo de cristianos necesita recurrir a una iglesia matriz para obtener la autoridad para elegir siervos, celebrar reuniones y llevar adelante la obra del Señor. Del mismo modo, las congregaciones no necesitan ser grandes para ejercer su libertad en este sentido. El relato bíblico indica que muchas de las iglesias, o grupos de cristianos, en los tiempos apostólicos se organizaban en los hogares de los creyentes y celebraban sus reuniones regulares en esos hogares. (Romanos 16:5; 1 Corintios 16:19;

Colosenses 4:15). Lo mismo se hace hoy en día. Ahora, como en el pasado, el Señor bendice abundantemente a quienes encuentran a otros con quienes pueden cooperar como grupo —o, en el sentido bíblico, como iglesia—. Estos pueden elegir a sus propios servidores mediante el sencillo método de extender la mano. No se necesita un registro de miembros, ni las Escrituras lo autorizan.

No hay mucha información en la Biblia que indique la naturaleza de las reuniones que celebraban los diversos grupos de la Iglesia primitiva. Sin duda, los apóstoles y otros, en ocasiones, pronunciaban discursos. Sin embargo, se pueden celebrar reuniones provechosas aunque no haya nadie calificado para predicar un sermón. Las reuniones para el estudio bíblico de la Biblia, tanto temático como contextual, en las que todos los presentes tienen la oportunidad de expresar sus pensamientos y hacer preguntas, son muy útiles. Un anciano, si se ha elegido a uno, debe encargarse de mantener el orden durante el estudio. Las reuniones de oración, alabanza y testimonio también son espiritualmente provechosas para quienes se esfuerzan seriamente por conocer y hacer la voluntad de Dios.

La misión de la iglesia

La misión actual de la iglesia es triple. En primer lugar, consiste en el perfeccionamiento [griego: equipamiento completo] de los santos para una futura obra de servicio. (Efesios 4:12, 13) En segundo lugar, consiste en desarrollar en cada miembro los frutos y las virtudes del carácter cristiano. (Gálatas 5:22, 23; 2 Pedro 1:5-8) En tercer lugar, consiste en ser testigo de Dios ante el mundo

acerca del reino de bendiciones de Cristo, que ya está tan cerca. Mateo 24:14

En la primera parte de nuestro análisis de este tema, destacamos estas palabras de Jesús a Pedro: «Sobre esta roca edificaré mi iglesia». (Mateo 16:18) Lo que se «edifica» a su debido tiempo llega a su culminación. No es el designio de Dios que la «edificación» de la iglesia continúe para siempre. Por lo tanto, no se trata de que todos los que alguna vez obtengan la salvación por medio de Cristo se conviertan en miembros de la iglesia. El significado mismo de la palabra iglesia [en griego: «ekklesia»] es «una llamada para salir», y esto se opone al concepto del propósito de Dios en la actualidad. La iglesia está siendo «llamada a salir» del mundo. (1 Corintios 1:26; 1 Pedro 2:9) Será «poca» en número, un «pequeño rebaño». (Mateo 7:13, 14; Mateo 22:14; Lucas 12:32) No es el plan de Dios convertir al mundo en general hasta la llegada de su reino prometido. Mateo 6:10

«Tú eres el Cristo», testificó Pedro, «el Hijo del Dios viviente». (Mateo 16:16) Esta expresión identificaba a Jesús con las promesas mesiánicas del Antiguo Testamento e indicaba que Pedro reconoció correctamente en Jesús a aquel a quien Dios había enviado para cumplir esas promesas. Para ver con claridad el propósito divino completo a través de la iglesia, es esencial tener en cuenta las promesas del Antiguo Testamento relativas a Cristo; pues la iglesia ha sido llamada a salir del mundo para asociarse con él en el cumplimiento de esas promesas. Dios le dijo a Abraham: «En tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra». (Génesis 22:18) En Gálatas 3:16, Pablo

nos informa que esta «descendencia» de la promesa es Cristo. El apóstol nos brinda información adicional sobre la descendencia de la promesa. En Gálatas 3:27 y 29 leemos: «Todos los que se han bautizado en Cristo, se han revestido de Cristo. ... Y si son de Cristo, entonces son descendencia de Abraham y herederos según la promesa». He aquí una prueba inequívoca de que aquellos que, mediante la consagración total a hacer la voluntad de Dios, se convierten en miembros de la iglesia — que es el cuerpo de Cristo— y son fieles hasta la muerte, formarán parte de la «descendencia» prometida a través de la cual todas las personas serán bendecidas. Apocalipsis 2:10

El establecimiento de la iglesia no es la culminación del propósito de Dios para con los hijos de los hombres. Es solo el comienzo de su plan para bendecir a la humanidad. En Santiago 1:18 se nos dice que la iglesia es una «especie de primer fruto» de las criaturas de Dios. Esta expresión también se usa en Apocalipsis 14:4, y se aplica a aquellos que están asociados en el cielo con Cristo Jesús, el «Cordero», en el simbólico Monte Sion, la fase celestial del reino de Dios. Apocalipsis 14:1; Hebreos 12:22, 23

En el capítulo 15 de 1 Corintios, Pablo señaló muy claramente que la esperanza de vida, tanto para la iglesia como para el mundo, depende de la resurrección de los muertos. Si no hay resurrección de los muertos, argumentó, «entonces también los que se han dormido en Cristo han perecido». (1 Corintios 15:18) Sin embargo, nos dio la seguridad de la resurrección y la oportunidad para que todos alcancen la vida eterna, diciendo: «Así como en

Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados». 1 Corintios 15:22

Luego, Pablo muestra que habrá un orden definido, o secuencia, en la resurrección. «Cada uno en su propio orden: Cristo, los primeros frutos; después, los que son de Cristo, en su venida». (1 Corintios 15:23) Los «primeros frutos» a los que se hace referencia son la iglesia. Siguiendo con esto, una traducción más adecuada del texto griego sería: «Después, aquellos [todos los que no forman parte de la iglesia, en su propio orden] que se hagan de Cristo durante su presencia». La palabra «venida» en este versículo se traduce de la palabra griega «Parousia», que significa «presencia». Se trata de una referencia a los mil años del reino de Cristo, cuando él y su iglesia reinarán con el propósito de destruir el pecado y la muerte, y de dar a toda la humanidad la oportunidad de aceptar el regalo de la vida que ofrece su sangre derramada.

La declaración posterior de Pablo, que sigue inmediatamente después, es clara: «Entonces vendrá el fin, cuando él haya entregado el reino a Dios, es decir, al Padre; cuando haya destruido todo dominio, toda autoridad y todo poder. Porque él debe reinar hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte». (1 Corintios 15:24-26) Este es el gran y supremo propósito de Dios que se cumplirá por medio de Cristo y de la iglesia: la bendición « » que llegará a toda la humanidad cuando se haya completado la edificación de la iglesia.

Lo celestial y lo terrenal

En su enseñanza sobre la resurrección, Pablo revela que algunos recibirán cuerpos celestiales y otros, cuerpos humanos o terrenales; el factor determinante en cada caso es el tipo de «semilla» o «grano desnudo» que se siembra. (1 Corintios 15:37, 38) El «eso» o «grano desnudo» al que se refiere Pablo es simplemente la identidad, el conjunto de los pensamientos y el carácter de una persona a lo largo de su vida.

Aquellos que están plenamente consagrados a hacer la voluntad de Dios y son sepultados con Cristo en una muerte sacrificial, recibirán un cuerpo «celestial» o celestial al momento de la resurrección. (1 Corintios 15:40) Esto depende de que caminen en «novedad de vida» durante los años que les quedan de su actual vida terrenal. (Romanos 6:4) Durante su peregrinaje terrenal aprenden a poner su «afecto en las cosas de arriba»; sus esperanzas son celestiales; por medio de la fe moran simbólicamente junto con Cristo «en los lugares celestiales». (Colosenses 3:2; Efesios 1:3) Así, mientras aún están en la carne, «siembran» caracteres espirituales. En la resurrección, estos reciben una recompensa celestial.

Sin embargo, la mayoría de las personas no están interesadas en las cosas espirituales. Esto no significa que sean necesariamente malvadas. La mayoría de ellas no lo son. Aman las cosas buenas de la tierra porque fueron creadas como seres humanos, seres terrenales, y Dios no las condena por no aspirar a las cosas celestiales. Está en la propia naturaleza de las cosas que estas, al morir, «siembren» un carácter terrenal y, como resultado,

resuciten de entre los muertos como seres humanos, con «cuerpos terrenales». 1 Corintios 15:40

Hablando de la resurrección de la iglesia, descrita más adelante en Apocalipsis 20:6 como la «primera resurrección», Pablo explicó: «Se siembra en corrupción; se resucita en incorrupción; se siembra en deshonra; se resucita en gloria; se siembra en debilidad; se resucita en poder; se siembra cuerpo natural; se resucita cuerpo espiritual». 1 Corintios 15:42-44

A esto Pablo agrega: «Hay un cuerpo natural, y hay un cuerpo espiritual». (1 Corintios 15:44) En otras palabras, quiere que entendamos que, al describir el cambio de naturaleza que experimentarán quienes participen en la «primera resurrección», no está dando a entender que estos sean los únicos que resucitarán de entre los muertos, pues toda la humanidad será rescatada de la muerte; solo que ellos recibirán cuerpos naturales, terrenales y humanos.

Pablo continúa su enseñanza diciendo: «El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre es el Señor, del cielo. Así como es el terrenal [aquellos que mueren con esperanzas y deseos humanos], así son también los terrenales [en la resurrección]; y así como es el celestial [aquellos que ahora ponen su afecto en las cosas celestiales], así son también los celestiales [en la resurrección]». 1 Corintios 15:47, 48

Pablo concluyó esta lección sobre la resurrección diciendo: «Lo corruptible debe revestirse de incorrupción, y lo mortal debe revestirse de la

inmortalidad. Así que, cuando lo corruptible se haya revestido de incorrupción, y lo mortal se haya revestido de la inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: «La muerte ha sido devorada por la victoria. ¡Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón ? ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?» 1 Corintios 15:53-55

Así, en pocas palabras, Pablo presenta tanto la esperanza de la iglesia como la esperanza del mundo. La esperanza de la resurrección de la iglesia es «gloria, honor e inmortalidad». (Romanos 2:7) Ningún ser humano posee la inmortalidad por naturaleza. Es una recompensa que se otorgará a quienes sigan fielmente las huellas de Cristo hasta la muerte. En Apocalipsis 2:10 leemos: «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida».

El llamado y la preparación de estos para el cumplimiento de esta gloriosa esperanza en la primera resurrección han sido obra de Dios por medio del espíritu santo durante la era actual, desde el Pentecostés. Pablo explica, sin embargo, que cuando esto se cumpla, y el último miembro de la iglesia, o «cuerpo», de Cristo haya entrado en la gloria, entonces será el momento del cumplimiento de aquellas gloriosas promesas del Antiguo Testamento relativas a la destrucción de la muerte: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está tu victoria, muerte?» 1 Corintios 15:55; Isaías 25:8; Oseas 13:14

Pablo, al citar a Isaías y Oseas, nos asegura el propósito divino de destruir al gran enemigo del hombre, la muerte, y la tumba. La palabra «tumba», tal como se usa en Oseas 13:14, es una traducción de la palabra hebrea «sheol», y es el equivalente de

la palabra griega «hades» en el Nuevo Testamento. Estas palabras se traducen tanto como «tumba» como «infierno» en diversos pasajes; sin embargo, el significado que denotan, particularmente la palabra «tumba», se refiere simplemente al estado de muerte o al olvido, no a un lugar literal de tormento. (Eclesiastés 9:10; Salmo 115:17; Hechos 2:31) Así, comprendemos el propósito divino para con la humanidad al que se refirió Jesús cuando dijo que las «puertas del infierno» —la tumba, la muerte— no prevalecerían contra la iglesia. Mateo 16:18

¡Qué maravillosa seguridad! A lo largo del reinado del pecado y la muerte, el infierno —la tumba o sepulcro— ha seguido cobrándose víctimas, pero en Apocalipsis 1:18 Jesús nos dice que él tiene las «llaves» del infierno. Adquirió estas llaves, el derecho a abrir las puertas del infierno, mediante su propia muerte como el redentor del hombre. Cuando su iglesia esté completamente edificada, se unirá a él para otorgar las bendiciones prometidas de vida a toda la humanidad.

El hecho de que, mientras tanto, tantos millones sigan yendo a la muerte, al infierno bíblico, no los privará de estas bendiciones. Las puertas del infierno no prevalecieron contra Cristo; no prevalecerán contra su iglesia; no prevalecerán contra el resto del mundo; y no prevalecerán contra Adán y todos los que han muerto desde Adán. ¡Por poder divino, estas puertas se abrirán de par en par, y todos los prisioneros de la muerte serán liberados! Isaías 42:7; Isaías 49:9; Isaías 61:1; Lucas 4:18

Esta, pues, será la obra futura de la iglesia. ¡Qué obra tan gloriosa será! Qué gran incentivo debería

ser ahora para demostrarnos fieles al Señor. No hay mayor paz ni alegría que alguien pueda experimentar que la que resulta de estar en armonía con el Padre Celestial y de vivir una vida de plena devoción a él. Es cierto que hay pruebas, pero como nos recuerda Pablo, estas son en realidad «aflicciones ligeras» que duran «solo un momento», en comparación con el «peso eterno de la gloria» que el Señor ha prometido. 2 Corintios 4:17, 18

Es un privilegio bendito ser contado entre los «llamados», la iglesia, en este momento. Sin duda, Dios está bendiciendo a su pueblo, especialmente al revelarle las bellezas de su plan de salvación. Cuán agradecidos estamos de que, a través de Cristo y su iglesia, el mundo entero tenga la oportunidad de regocijarse en las bendiciones que el Señor ha diseñado para ellos —bendiciones de la restauración, como las describió Pedro—: «las cuales Dios ha anunciado por boca de todos sus santos profetas desde el principio del mundo». Hechos 3:21

En vista del armonioso y amoroso plan de salvación de Dios tanto para la iglesia como para el mundo, a través del cual ya se nos han revelado algunas de sus bellezas en su Palabra, podemos comprender muy bien y hacernos eco de los sentimientos del gran apóstol Pablo cuando escribió: «¡Oh, cuán grandes son las riquezas, la sabiduría y el conocimiento de Dios! ¡Cuán imposibles son para nosotros de comprender sus decisiones y sus caminos! Porque ¿quién puede conocer los pensamientos del Señor? ¿Quién sabe lo suficiente como para aconsejarle? ¿Y quién le ha dado tanto que tenga que devolverlo? Porque todo proviene de

él, existe por su poder y está destinado a su gloria.
¡Toda la gloria sea para él por siempre! Amén».
Romanos 11:33-36

Los Estudios Bíblicos

Lección para el 2 de agosto

Jesús y Tomás

***Versículo clave: «Entonces le dijo a Tomás:
“Pon aquí tu dedo; mira mis manos. Extiende tu
mano y métela en mi costado. Deja de dudar y
cree”.
Juan 20:27***

***Pasajes seleccionados:
Juan 20:24-29***

Al apóstol Tomás se le suele llamar «Tomás el incrédulo». Sin embargo, la lección de hoy nos presenta a un discípulo en proceso de crecimiento espiritual. Tomás se había perdido la primera aparición de Jesús ante los demás discípulos (Juan 20:24). Cuando los demás dieron testimonio diciendo: «Hemos visto al Señor», Tomás buscó pruebas antes de poder aceptar el relato de sus hermanos. (Juan 20:25) Quería ver por sí mismo las marcas de los clavos y tocar las heridas. Eso puede sonar duro, pero también es humano. Después del dolor, a menudo uno puede temer ser engañado por una esperanza renovada. Tomás no estaba dispuesto a aceptar ciegamente la afirmación de que Jesús había sido resucitado. Quería un encuentro de primera mano, tal como lo habían experimentado los demás. Juan 20:19, 20

Ocho días después, los discípulos estaban nuevamente reunidos en el interior, con las puertas cerradas. (Juan 20:26) La resurrección de Jesús no

había disipado su temor de inmediato. Aun así, Jesús se acercó y les dijo: «La paz sea con ustedes». Estas tiernas palabras del Maestro se convertirían en un saludo habitual en las epístolas del Nuevo Testamento de Juan, Pedro y Pablo, dirigidas a la Iglesia primitiva. Antes de dirigirse a Tomás, Jesús alivió la ansiedad que se sentía en la sala mientras impartía una valiosa lección. La fe no consiste en fingir que no tenemos miedo; consiste en confiar en el Cristo resucitado, quien entra por la puerta de nuestros corazones.

Jesús luego se volvió hacia Tomás y repitió las palabras de nuestro versículo clave: «Pon tu dedo aquí, [...] extiende tu mano», haciéndose eco de los propios criterios de Tomás para creer. (Juan 20:27) Tomás no fue el único que al principio dudó de que Jesús hubiera sido resucitado. El día de la resurrección de Jesús, todos los discípulos tenían dudas. No creyeron el relato de las mujeres. Lucas 24:11

El Evangelio de Lucas ofrece este relato adicional: «Jesús mismo se presentó en medio de ellos y les dijo: “La paz sea con ustedes”. Pero ellos estaban aterrorizados y asustados, y pensaban que habían visto el espíritu. Y él les dijo: “¿Por qué están turbados? ¿Y por qué surgen dudas en sus corazones? Miren mis manos y mis pies, que soy yo; tómense y vean, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que yo tengo”. Y habiendo dicho esto, les mostró sus manos y sus pies. Sin embargo, ellos permanecían allí incrédulos, llenos de alegría y asombro. Entonces les preguntó: “¿Tienen aquí algo de comer?” Lucas 24:36-41

El mensaje de Jesús para todos los discípulos y para nosotros es el mismo que le dio a Tomás: «No seas incrédulo, sino creyente» (Juan 20:27). La duda puede generar confusión y dolor, pero aquí la cuestión era la lealtad. ¿Se entregaría Tomás a Jesús o seguiría mostrándose reticente? La fe no es la ausencia de preguntas; es, más bien, poner nuestras vidas en las manos de Jesús mientras buscamos respuestas.

Tomás no se mantuvo al margen, sino que respondió con una confesión culminante al Jesús resucitado: «Mi Señor y mi Dios» (Juan 20:28). Aquí Tomás no solo admitió la resurrección de Jesús, sino que también reconoció a su Maestro como Señor. Jesús concluye nuestra lección con estas profundas palabras, dirigidas a todas las generaciones desde entonces: «Bienaventurados los que no han visto y, sin embargo, han creído». (Juan 20:29) Nunca podremos tocar las heridas de Jesús. Sin embargo, ejerzamos la fe y la confianza en el testimonio apostólico, en la influencia del espíritu santo y en la obra del Señor resucitado de edificar el Cuerpo de Cristo.

El primer mártir cristiano

Versículo clave: «Y Esteban, lleno de fe y de poder, hacía grandes prodigios y milagros entre el pueblo». Hechos 6:8

Pasajes bíblicos seleccionados: Hechos 6:7-10; 7:1-60

El martirio de Esteban parece haber ocurrido poco después del Pentecostés, tras un período de rápido crecimiento de la Iglesia primitiva. Esa época de paz y crecimiento preparó a los creyentes para las pruebas que pronto seguirían. La muerte de Esteban marcó el inicio de la persecución contra la Iglesia e ilustró el llamado a los seguidores de Cristo a permanecer fieles incluso hasta la muerte. Apocalipsis 2:10

Escogido originalmente para ayudar a atender las necesidades prácticas de la congregación, Esteban demostró ser un hombre de excepcional fortaleza espiritual y talento. Se le describe como «lleno de fe y del espíritu santo» (Hechos 6:5). Su fe, amor y celo por el Señor lo convirtieron en un testigo eficaz de la Verdad. Su sabiduría y su espíritu de santidad eran tan notables que sus oponentes no pudieron refutarlo con éxito. Hechos 6:10

Incapaces de vencer su razonamiento, sus enemigos lo llevaron ante el Sanedrín mediante testimonios falsos y distorsionados. Aunque enfrentaba una acusación que podía llevarlo a la

muerte, Esteban no mostró temor alguno. Por el contrario, su rostro reflejaba calma, pureza y una confianza en Dios. El relato indica que todos los que estaban sentados en el concilio «vieron su rostro como si fuera el rostro de un ángel». Hechos 6:15

El discurso de Esteban ante el concilio, registrado en Hechos 7:2-53, demostró tanto valor como un profundo conocimiento de la historia de Israel. En sus palabras finales, acusó claramente a sus oyentes de resistirse a Dios y de ser responsables de rechazar a Jesús. (Hechos 7:51-53) En lugar de arrepentirse, se enfurecieron. Esteban se mantuvo firme incluso mientras su ira aumentaba. Se le concedió una visión de la gloria celestial y declaró que veía a Jesús de pie a la diestra de Dios. Esta declaración llevó a sus acusadores a poner fin al juicio y ejecutarlo a pedradas. Saulo de Tarso estaba presente y dio su aprobación al acto. Hechos 7:54-60

Al morir, Esteban oró tanto por sí mismo como por quienes lo estaban matando, pidiendo que su pecado no les fuera imputado. En esto reflejó el espíritu de Cristo. El versículo 60 describe su muerte como un sueño. Sin duda alguna, Esteban creía en la resurrección y en que despertaría del «sueño» de la muerte a su debido tiempo. La frase «se durmió con sus padres» aparece casi cuarenta veces en el Antiguo Testamento, refiriéndose al sueño de la muerte.

Mientras era atormentado por Satanás, Job pidió alivio en el sueño de la muerte hasta la mañana de la resurrección, diciendo: «¡Ojalá me escondieras en una tumba! ¡Ojalá me cubrieras hasta que pase tu

ira! ¡Ojalá fijaras el tiempo que debo pasar en la tumba y luego me traieras de vuelta!» (Job 14:13). Jesús corroboró la declaración de Job al decir: «Todos los que están en las tumbas oirán su voz [la del Hijo del Hombre] y saldrán». Juan 5:28, 29

El fiel testimonio de Esteban se convirtió en un ejemplo para los creyentes posteriores. Aunque la persecución puede adoptar diferentes formas, el llamado a sufrir fielmente por Cristo permanece. Esteban fue el primer vencedor de la Era Cristiana registrado en las Escrituras después del Pentecostés en ser hallado fiel para participar en la «primera resurrección» (Apocalipsis 20:6). Que su vida y su muerte nos animen a hablar con gracia, a mantenernos firmes con valentía y a mantener nuestros ojos fijos en el Señor.

Los Estudios Bíblicos

Lección del 16 de agosto

Pablo habla al pueblo

Versículos clave: «Y él dijo: El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, veas al Justo y oigas la voz de su boca. Porque serás su testigo ante todos los hombres de lo que has visto y oído». Hechos 22:14, 15

Pasaje bíblico seleccionado: Hechos 22:1-21

En la lección de hoy, escuchamos al apóstol Pablo relatar ante sus hermanos judíos en Jerusalén la experiencia de su conversión a Cristo en el camino a Damasco. La elección de Saulo de Tarso por parte de Dios —cuyo nombre más tarde se cambió a Pablo— desconcertó a los discípulos del Señor cuando ocurrió. Existía una hostilidad abierta entre los líderes de la Iglesia primitiva y Saulo, pues solo lo conocían como un perseguidor de cristianos. No comprendían que su lugar de nacimiento, su educación y sus antecedentes lo habían preparado para su misión especial entre los gentiles. Era ciudadano romano, bien educado, profundamente religioso y provenía de una familia farisea. Era celoso de la Ley y de las promesas de Dios a Israel. (Hechos 26:2-5; Filipenses 3:4-6) No era malvado, como la Iglesia primitiva lo veía comprensiblemente, sino sincero y devoto en sus acciones. Al creer que los cristianos se oponían a la ley de Moisés, Saulo los perseguía de buena fe.

Como Pablo era sincero pero estaba espiritualmente ciego, el Señor lo detuvo para que pudiera cambiar de rumbo. Su celo se redirigió de perseguir a la iglesia a servir a Cristo y a sus seguidores. No se trató del cambio de rumbo de un hombre corrupto, sino de la corrección de uno honesto. Dios ahora lo designaría como la persona idónea para predicar el mensaje del Evangelio tanto a judíos como a gentiles.

Dios no impone la fe a nadie, sino que revela su Verdad a los corazones sinceros. Saulo estaba equivocado en su juicio, pero tenía buenas intenciones, por lo que el Señor le abrió los ojos. En el camino a Damasco, según relató Pablo, una luz resplandeciente del cielo lo envolvió y cayó al suelo ciego. Entonces oyó: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Cuando preguntó quién hablaba, la respuesta fue: «Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues» (Hechos 22:6-8). Esto muestra cuán estrechamente Cristo se identifica con su pueblo. Perseguirlos es perseguirlo a él. Esa Verdad debe guiar nuestra conducta hacia cada miembro del cuerpo de Cristo.

Saulo preguntó de inmediato: «¿Qué debo hacer, Señor?» (Hechos 22:10). Esto fue una entrega total de su voluntad. Una vez que comprendió la verdad acerca de Cristo, estuvo listo para entregarle su vida. La misma respuesta debería caracterizar a los creyentes de hoy. Aquellos que alguna vez estuvieron cegados por el error, pero que son sinceros, deberían responder a la verdad con gratitud, celo y una vida de servicio.

El Señor envió a Saulo a Damasco, donde Ananías, un discípulo respetado y devoto, se enteró de que

este nuevo converso había sido elegido especialmente para llevar el nombre de Cristo ante los gentiles, los reyes e Israel —y para sufrir por ese llamado—. Saulo no había visto a Cristo en toda su gloria divina, pero vio lo suficiente para saber con certeza e e que Jesús había resucitado y sido glorificado. (Hechos 22:11-13) Ananías fue quien le dijo a Saulo las palabras de los versículos clave de hoy, encomendándole la misión de predicar el mensaje del Evangelio como «testigo ante todos los hombres».

Pablo fue un testigo fiel de lo que había visto y oído. Lo mismo debería ser cierto para nosotros. Primero debemos comprender la Verdad por nosotros mismos antes de poder compartirla fielmente con los demás. Al igual que Pablo, confiemos en la voluntad de Dios al dar testimonio del mensaje del Evangelio.

Pablo anima a Timoteo

Versículo clave: «Por lo cual te recuerdo que avives el don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos».

2 Timoteo 1:6

***Pasajes seleccionados:
2 Timoteo 1:1-14; 3:14, 15***

Aunque al parecer el apóstol Pablo no tuvo hijos biológicos, su tierno tratamiento a Timoteo como «mi propio hijo en la fe» muestra la profundidad de su afecto. (1 Timoteo 1:2) Consideraba a todos los creyentes como sus hijos espirituales, y este sentimiento era especialmente fuerte hacia Timoteo, quien había servido fielmente a su lado durante mucho tiempo.

Las palabras de Pablo en la lección de hoy son un sabio consejo para todos los cristianos y especialmente para los jóvenes en la Verdad. Tienen un impacto aún mayor en aquellos que han consagrado su vida al Señor y a su servicio, y que buscan ser útiles como sus ministros o siervos de acuerdo con sus talentos y oportunidades.

Estas palabras fueron dirigidas a Timoteo cuando Pablo se encontraba prisionero en Roma, poco antes de su muerte. Timoteo ya no era un niño, sino que tal vez tenía unos cuarenta años, habiendo trabajado con el apóstol durante muchos años. En el momento de escribir esta carta, Timoteo servía a la

iglesia de Éfeso y allí recibió las epístolas que llevan su nombre.

Pablo se presenta recordándole a Timoteo su apostolado. Se convirtió en testigo de la resurrección del Señor al haberle sido concedido un atisbo de su persona gloriosa mientras se dirigía a Damasco. A partir de entonces, Pablo recibió el encargo de proclamar las condiciones de la promesa de vida de Dios proporcionada en Cristo Jesús. Hechos 9:3-20; 22:14, 15

Pablo menciona su conciencia limpia ante Dios, sus constantes oraciones por Timoteo y su deseo de volver a verlo después de su despedida en Éfeso. (2 Timoteo 1:3, 4) Consciente de los peligros que conlleva una posición destacada, Pablo animó a Timoteo a mantenerse humilde, fiel y arraigado en las Escrituras. (2 Timoteo 1:13) Necesitaba mantenerse firme en la fortaleza que Dios proporciona a través de su Palabra.

Pablo también le recordó a Timoteo la fe sincera y la piedad que había recibido de su madre y su abuela, afirmando que esa herencia había sentado un fundamento sólido en su corazón. (2 Timoteo 1:5) Otros pasajes de las Escrituras enfatizan que los padres piadosos pueden sentar en sus hijos un fundamento de carácter sobre el cual se pueda construir una vida útil. Deuteronomio 6:6, 7; Proverbios 22:6; Efesios 6:4

El apóstol animó a Timoteo a «avivar el don de Dios» que había en él, es decir, a reavivarlo con energía renovada. También le advirtió que no cediera al temor, recordándole que el espíritu de Dios no es de temor, «sino de poder, de amor y de

sentido común». (2 Timoteo 1:6, 7) Ese espíritu produce valor, devoción amorosa hacia Dios y su pueblo, y un juicio sabio en el uso del celo. El deseo de Pablo era que todos los hijos de Dios adquirieran cada vez más ese espíritu, para que sus talentos se utilizaran sin temor y con sabiduría al servicio del Maestro.

En 2 Timoteo 3:14, 15, el apóstol le recordó a Timoteo que había sido instruido por Dios, y que esa enseñanza le había llegado a través de las «sagradas Escrituras» del Antiguo Testamento y de las palabras de Jesús y sus apóstoles inspirados. Así como Timoteo se sintió animado por Pablo, fortalezcámonos también nosotros con estas palabras del amado apóstol.

Lidia, la vendedora de púrpura

Versículo clave: «Y una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, nos escuchaba; a quien el Señor abrió el corazón, para que prestara atención y aceptara las cosas que Pablo decía». Hechos 16:14

***Pasajes seleccionados:
Hechos 16:11-15, 40***

La lección de hoy se refiere a la introducción del Evangelio en Europa. Tras su primer viaje misionero, Pablo había conocido a Silas. Pablo decidió que era el momento adecuado para emprender un segundo viaje misionero por Siria, Cilicia, Derbe y Listra, acompañado por Silas. En estos lugares fortalecieron la fe de quienes ya habían aceptado al Señor durante el primer viaje misionero del apóstol. Hechos 15:40, 41; Hechos 16:1, 4

Tras el éxito de la misión hasta ese momento, Pablo tenía la intención de viajar hacia el norte y el este a través de Asia Menor. Sin embargo, las circunstancias se opusieron a este plan hasta que el apóstol llegó a la conclusión de que el Señor estaba impidiendo esos esfuerzos. En un sueño, Pablo vio a un hombre vestido como un macedonio, que lo llamaba y le decía: «Pasa a Macedonia y

ayúdanos». Al aceptar esto como una guía divina, Pablo emprendió de inmediato el viaje que lo llevó a Europa. (Hechos 16:6-10) Esta fue una evidencia inequívoca de la supervisión de un Dios e e sobre todos los intereses de su Iglesia.

Filipos, una de las principales ciudades de Macedonia, fue el primer lugar mencionado en los escritos bíblicos donde se predicó la buena nueva en Europa. Pablo y sus compañeros se enteraron de una pequeña reunión religiosa que se celebraba cada sábado a orillas del río, fuera de la puerta de la ciudad. Era una reunión de oración y un lugar de adoración y comunión. Las personas reunidas allí eran predominantemente, si no todas, mujeres. Hechos 16:12, 13

Entre estas mujeres se encontraba Lidia, de quien nuestro versículo clave dice que «adoraba a Dios». «Vendedora de púrpura» se refiere a su profesión como fabricante de tintes. Los tintes eran bastante costosos en la antigüedad, y el conocimiento de cómo elaborarlos generaba ganancias económicas. Por esta razón, se supone que Lidia gozaba de una buena situación económica. Escuchar a Pablo predicar el Evangelio no solo abrió su corazón, iluminando los ojos de su entendimiento, sino que también la impulsó a obedecerlo con plena consagración. Luego simbolizó esa consagración mediante el bautismo en agua, ella «y su familia». Hechos 16:14, 15

Tras recibir el Evangelio, Lidia puso su hogar y sus recursos al servicio de Dios al invitar a Pablo y a sus compañeros a quedarse con ella. No consideraba la hospitalidad como una carga, sino como un privilegio. Al acoger a los siervos del Señor, honró a

Dios y fortaleció la obra de la Verdad en aquel lugar.
Hechos 16:15

La hospitalidad de Lidia enseña humildad y la cortesía espiritual adecuada. Pablo y sus compañeros no se impusieron ni exigieron apoyo, aunque le habían ministrado cosas espirituales a ella y a su casa. Ella, por otro lado, insistió sinceramente en la invitación, diciendo que si la consideraban fiel al Señor, debían entrar en su casa. Esto muestra tanto su sincero deseo de servir como el espíritu prudente de Pablo y los que lo acompañaban, quienes evitaron imponerse a los demás.

El ejemplo de Lidia muestra que Dios puede usar a una persona dedicada en un plan divino mucho más amplio. Esto nos recuerda que ningún servicio sincero es demasiado pequeño cuando se hace para el Señor. Un corazón preparado, una influencia fiel en el hogar y el espíritu hospitalario pueden convertirse en canales de bendición.

Visiones del Señor

«No fui desobediente a la visión celestial».
Hechos 26:19

Durante el tiempo en que se estaba preparando la Biblia, gran parte de las instrucciones y advertencias de Dios a su pueblo, así como la revelación de sus planes y propósitos, se impartieron por medio de «visiones». Estas visiones eran con frecuencia, si no siempre, de naturaleza milagrosa y tan impresionantes que no dejaban ninguna duda en la mente de aquellos a quienes se les daban de que la información proporcionada provenía del Señor.

Estas visiones no se concedían para satisfacer la curiosidad, sino para que quienes las recibían estuvieran preparados para cooperar con el Señor en la realización de sus planes, ya fuera para sí mismos, para otros o para ambos. En muchos casos, las Escrituras se refieren a las visiones como la «voz» del Señor que habla a su pueblo. Basta con echar un vistazo a la Biblia para darse cuenta de la importancia que Dios le daba a la obediencia a su voz y de las graves consecuencias que acarrearía la desobediencia.

Visiones del Antiguo Testamento

Dios le habló a Noé no solo para que supiera del diluvio que se avecinaba, sino para que pudiera prepararse para salvarse a sí mismo y a su familia. (Génesis 6:13-18; Hebreos 11:7) Dios también le habló a Abraham en Ur, le reveló su propósito de

bendecir a todas las familias de la tierra y le dio instrucciones para que dejara a su propio pueblo y se fuera a una tierra que él le mostraría. Las bendiciones que se derivarían de este contacto con el Señor dependían de la obediencia de Abraham a estas instrucciones. Génesis 12:1-3

Dios se reveló a Moisés en la zarza ardiente y le dio un encargo para que fuera un gran libertador de su pueblo. Incluso el suelo sobre el que Moisés se encontraba en el momento en que se le concedió la visión se volvió santo, o santificado, pues Dios lo estaba utilizando como el lugar donde le transmitía a su siervo la información sobre lo que quería que hiciera. (Éxodo 3:1-10) Si Moisés quería seguir disfrutando del favor del Señor a partir de ese momento, no tenía más remedio que obedecer la visión.

Al profeta Isaías se le concedió una visión en la que vio al Señor «alto y exaltado». (Isaías 6:1, 8) En esta visión, Isaías oyó al Señor preguntar: «¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?». La respuesta del profeta fue: «Aquí estoy; envíame». Esta indicación era el significado de la mayoría de las visiones con las que el Señor favorecía a su pueblo en la antigüedad, aunque no siempre se expresaba de manera tan clara.

Visiones del Nuevo Testamento

La visión más notable mencionada en el Nuevo Testamento fue la que se le concedió a Juan el Bautista en el momento del bautismo de Jesús. Juan vio al espíritu de Dios descender sobre Jesús y escuchó «una voz del cielo que decía: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”». (Mateo

3:16, 17; Juan 1:31-34) Aquí, a la edad de treinta años, Jesús comenzaba su ministerio terrenal. Había venido a cumplir la voluntad de su Padre Celestial: todo lo que había sido escrito en el «rollo del libro», el Antiguo Testamento. (Salmo 40:6-8; Hebreos 10:5-9) Todas las instrucciones escritas en el Antiguo Testamento para la guía del Maestro fueron registradas bajo la inspiración directa del espíritu santo. No había habido nadie que interpretara su significado. Incluso para que la mente perfecta de Jesús comprendiera su importancia, era necesario que se le concediera una revelación especial —una visión— y fue con esto con lo que fue bendecido cuando los cielos se le abrieron.

Jesús había venido a cumplir lo que se había escrito acerca de él. Cuando se le reveló su significado, sin vacilar se dedicó a la tarea de llevarlas a cabo. ¡A qué gran costo obedeció Jesús la visión celestial! El período de su ministerio fue breve, y cada día fue agotador. Sus enemigos lo injuriaban, sus amigos lo malinterpretaban, y la gran «contradicción de los pecadores» finalmente resultó en su arresto, juicio y cruel crucifixión. (Hebreos 12:3) Este era el significado de la visión. Jesús iba a ser llevado «como cordero al matadero». (Isaías 53:7) Iba a entregar su carne «por la vida del mundo». (Juan 1:29; 6:51) Iba a ser «varón de dolores y experimentado en aflicciones» (Isaías 53:3). Se mostró obediente a su Padre Celestial en todas estas difíciles experiencias. Aprendió lo que significaba ser obediente incluso al atravesar severas experiencias de sufrimiento. Hebreos 2:10; 5:8

Para compensar el costo de la obediencia, el Maestro también experimentó una rica recompensa incluso mientras entregaba su vida. La paz y el gozo que experimentó compensaron con creces el sacrificio que estaba haciendo. (Juan 14:27) De hecho, fue esto lo que le permitió obedecer «por el gozo que le estaba puesto por delante», y soportar «la cruz, menospreciando la vergüenza». (Hebreos 12:2) Es cierto que se trataba de un gozo futuro; pero la anticipación de ese gozo y su plena confianza en que recibiría la recompensa prometida le dieron a Jesús una paz y un gozo presentes que el mundo no podía ni darle ni quitarle. Así, aunque era «un hombre de dolores», sin duda estaba en paz con su Padre Celestial. El «gozo del Señor» era su fortaleza. Nehemías 8:10

La visión de Pablo

Saulo de Tarso siempre había sido un celoso siervo de Dios, aunque al principio había entendido mal lo que el Señor quería que hiciera. Fue durante una misión de servicio mal orientada cuando se le concedió esa visión reveladora mencionada en nuestro texto inicial y respecto a la cual más tarde testificó que no había sido desobediente. Fue esta visión la que detuvo a Saulo en su camino equivocado. Le reveló el lugar que debía ocupar como compañero de sufrimiento con Cristo, y la tarea que debía cumplir como apóstol de los gentiles. Hechos 9:1-16

En lo que respecta al servicio terrenal de Pablo para Cristo, tal vez el resumen más breve de sus profundas implicaciones para él se encuentre en la declaración hecha a Ananías, cuando el Señor, en una visión, le dio un encargo para que le dijera a

Saulo las grandes cosas que iba a sufrir por causa de su nombre. (Hechos 9:16) La obediencia a la visión celestial sí significó mucho sufrimiento para Pablo. (2 Corintios 11:23-28; 12:7-10) En esto se regocijaba, pues la visión le reveló que tenía el privilegio de sufrir con su Maestro en la gran causa mesiánica. Colosenses 1:24

Estos sufrimientos se debieron a su obediencia a la visión —obediencia al dar a conocer a otros lo que el Señor le había revelado milagrosamente. Después de declarar ante Agripa que no había desobedecido la visión, Pablo añadió: «Prediqué primero a los de Damasco, luego en Jerusalén y por toda Judea, y también a los gentiles, que todos deben arrepentirse de sus pecados y volverse a Dios —y demostrar que han cambiado mediante las buenas obras que realizan». (Hechos 26:20) Fue «por estas razones», explicó Pablo al rey, que fue acusado por sus compatriotas judíos. (Hechos 26:21) El resultado fue que siguió siendo perseguido tanto por judíos como por gentiles hasta que, finalmente, terminó su carrera terrenal. 2 Timoteo 4:7, 8; Hechos 20:17-25

Como Pablo tenía una fe inquebrantable en el Señor y sabía que no se permitiría que entrara en su vida nada que no fuera para su mayor bienestar espiritual, disfrutaba de paz mental y de corazón. Sin embargo, no tenía descanso ante la urgencia imperiosa de dar su vida en obediencia a la visión celestial. Ya fuera en sinagogas judías, en templos paganos, a bordo de un barco o en la cárcel, la única pasión que lo consumía en su vida era transmitir a los demás el significado de esa visión celestial. El conocimiento que se le había revelado era que

Jesús era el Cristo y que la esperanza tanto de la iglesia como del mundo se centraba en él como el redentor. La visión identificaba además a Cristo como aquel que reinaría hasta que todos los enemigos fueran puestos bajo sus pies, incluso el gran enemigo: la muerte. 1 Timoteo 2:5-7; 1 Corintios 1:23; 15:25, 26

La fidelidad de Pablo no se limitó a dar testimonio del Evangelio de Cristo. Se dedicó con celo al servicio a los hermanos y no vaciló en declararles «todo el consejo de Dios». (Hechos 20:27) Fue un fiel defensor de la fe y se opuso abiertamente al espíritu de carnalidad en la iglesia. Hizo hincapié en que Cristo es la verdadera cabeza de la iglesia y que no es apropiado que sus hermanos digan: «Yo soy de Pablo» o «Yo soy de Apolos». 1 Corintios 3:4

El fin de la era

Las profecías de Pablo, Pedro y Juan nos aseguran que el pueblo del Señor, al final de la era actual, sería bendecido con una mayor comprensión de los planes y propósitos de Dios. El propio testimonio del Maestro va en el mismo sentido. Al describir la forma de su regreso y la segunda presencia, Jesús dijo: «Así como el relámpago [griego: resplandor brillante] sale del este y brilla hasta el oeste, así será la venida [griego: presencia] del Hijo del Hombre». (Mateo 24:27) ¡Cuán hermosa es la imagen del amanecer, que Jesús utilizó para ilustrar el surgimiento gradual de la luz de la Verdad en el día de su presencia! Aunque este surgimiento ha sido gradual, finalmente el resplandor pleno y claro de su presencia disipará las tinieblas de todo mal, ignorancia, superstición y pecado. Si bien tenemos la seguridad de que, en última instancia y como

resultado de la presencia del Maestro, el «conocimiento de la gloria del Señor» llenará toda la tierra «como las aguas cubren el mar», los propios discípulos del Maestro son los primeros en ser iluminados por la luz de su presencia. Habacuc 2:14

Utilizando una ilustración adicional de la Verdad que se daría a la familia de la fe al final de la era, Jesús explicó que, cuando regresara, les serviría «alimento a su debido tiempo». (Mateo 24:45-47; Lucas 12:37) El testimonio combinado de Jesús y los apóstoles revela que el pueblo del Señor en este tiempo debe esperar ser bendecido con una mayor comprensión de las Verdades registradas en la Biblia. Sin embargo, no hay nada en las Escrituras que indique que esta visión de los últimos días fuera dada por Dios de manera milagrosa, como en el pasado cuando iluminó las mentes de los profetas, los apóstoles y nuestro Señor Jesús. Ya no son necesarias más visiones de este tipo, pues todos los planes y propósitos de Dios están ahora registrados en las Escrituras.

Tenemos razones para creer que se le ha concedido a su pueblo, en este fin de los tiempos y de la manera indicada en las profecías, una comprensión especial de la Palabra de Dios. Lo que debemos descubrir es si esta comprensión es, de hecho, el plan de Dios y la visión que se había perdido de vista en gran medida durante los muchos siglos de la Edad Oscura. Debemos examinar si está en armonía con las promesas y profecías de la Palabra de Dios.

El plan de Dios

¿Contamos, entonces, en este momento, con el mensaje de la Verdad? Cuando se trata de comprender el plan completo de Dios para la redención y la salvación de la humanidad, no podemos distinguir adecuadamente la Verdad del error simplemente examinando uno o incluso varios puntos individuales de la doctrina. Lo que debemos identificar primero es el tema central del plan de Dios y el gran objetivo hacia el cual conduce cada detalle de ese plan. ¿Qué es lo que sale a la luz al investigar las profecías y promesas de la Palabra de Dios? Es el hecho de que Dios tiene el propósito de establecer un reino aquí en la tierra que sofocará la rebelión de la humanidad caída contra su voluntad soberana, y que la humanidad, al aceptar la provisión de vida que Dios ofrece a través de Cristo, pueda ser restaurada a la perfección y vivir para siempre.

Jesús resumió este gran tema cuando nos enseñó a orar: «Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra, así como en el cielo». (Mateo 6:10) El profeta Isaías revela que el cumplimiento de este propósito divino no depende del frágil brazo de la carne, sino que «el gobierno estará sobre su [de Jesús] hombro», y que «el celo del Señor de los ejércitos lo llevará a cabo». Isaías 9:6, 7

Este gran tema impregna la Palabra de Dios. Simplemente significa que el propósito divino es el esquema de lo que Dios hará para la bendición final del hombre. La iglesia se alejó de esta Verdad fundamental de la Biblia durante muchos siglos. En lugar de orar y esperar a que el reino de Dios gobernara y bendijera al mundo, se estableció gradualmente un reino creado por el hombre al unir

la iglesia y el estado. A esto se le llamó la cristiandad y, aunque el poder y la influencia de ese sistema son ahora mucho menores, el principio subyacente en el que se basaba sigue gobernando el pensamiento y las acciones de aquellos que no están iluminados por la santa palabra de Dios. Ese principio parece ser que, a menos que el hombre haga la obra de Dios por él, esta no se llevará a cabo en absoluto. El resultado de esto es que muchos están actualmente ciegos ante el hecho de que Dios tiene un plan para la bendición de las naciones y llevará a cabo ese plan independientemente de la ayuda humana.

Decepción — Luego, comprensión

Antes de la gran revelación de la Verdad en este final de la era, los estudiosos de las profecías, como William Miller y otros durante la primera mitad del siglo XIX, habían descubierto, a través de las señales de los tiempos y de ciertas profecías, que el regreso del Maestro estaba muy cerca. Sin embargo, sus expectativas se vieron frustradas debido a que no comprendieron la forma en que Cristo regresaría, ya que suponían que vendría como un ser humano con las marcas de los clavos en las manos y los pies. Habían pasado por alto el hecho de que él había entregado su carne por la vida del mundo y había resucitado de entre los muertos como un ser divino glorioso, invisible a los ojos humanos. Por lo tanto, cuando regresara, estaría presente de manera invisible, «como un ladrón», sin ser reconocido por nadie, salvo por aquellos que estuvieran «velando» y prestando atención al cumplimiento de las profecías. Apocalipsis 16:15; Mateo 24:42, 43

No mucho tiempo después, en la segunda mitad del siglo XIX, un grupo de estudiosos fervientes de la Biblia había analizado las profecías durante un período considerable. Una de las grandes verdades que quedó clara gracias a ese estudio fue el propósito del regreso del Señor. Las Escrituras mostraban que él regresaría para restaurar la vida a la humanidad, no para destruir la tierra, y que el fin profético del mundo era, en realidad, el fin del actual orden social maligno y el establecimiento de un nuevo orden, unos «cielos nuevos y una tierra nueva, un mundo lleno de la justicia de Dios». (2 Pedro 3:13) En Hechos 3:20, 21, el apóstol Pedro habló del plan de Dios que se cumpliría a través de Cristo y por medio de él durante su segunda presencia. Lo describió como «los tiempos de la restauración de todas las cosas», y añade que era esto de lo que Dios había dado testimonio «por boca de todos sus santos profetas desde el principio del mundo». Esta era la voz de Dios —la visión— tal como la oí, y que fue manifestada a Pedro y a nosotros por medio de los profetas.

La visión hoy

La visión de la Verdad que nos ha llegado hoy de la manera designada por Dios, y de la cual nos regocijamos, es omnicomprendiva. Abarca el significado de todas las grandes visiones que Dios le dio a su pueblo en tiempos antiguos. Es posible que Noé no haya entendido esta visión tal como la tenemos hoy, ni se haya dado cuenta de que sus experiencias relacionadas con el fin de aquel mundo prefiguraban los «días del Hijo del hombre» en los que ahora vivimos, acercándonos al fin de este «mundo presente y maligno». (Mateo 24:37-39;

Gálatas 1:4) Sin embargo, fue una bendición para Noé que se le informara sobre el diluvio venidero y que se le concediera el privilegio del servicio que tuvo en relación con él.

¡Cuánto debió regocijarse Abraham cuando Dios le reveló su propósito de bendecir a todas las familias de la tierra por medio de su descendencia! Sin embargo, él no sabía que esta «descendencia» de bendición sería una descendencia de fe compuesta por Jesús y los miembros de su cuerpo que sufren y mueren con él para que puedan vivir y reinar con él. Gálatas 3:16, 27-29

Moisés quedó sobrecogido cuando vio la zarza ardiente y oyó la voz de Dios que le ordenaba que se quitara los sandalias, pues el lugar en el que se encontraba era tierra santa. Se enteró de que iba a ser el libertador de su pueblo de Egipto y su legislador. Sin embargo, se le reveló muy poco acerca de la liberación más grande que vendría para toda la humanidad, y de la reconciliación tanto de los judíos como de los gentiles con Dios bajo los términos del Nuevo Pacto. Si bien es cierto que Moisés profetizó que vendría alguien más grande que él, al igual que los demás profetas del Antiguo Testamento, es dudoso que comprendiera con mucha claridad las implicaciones de esta y otras de sus profecías. Deuteronomio 18:15-19; Hechos 3:22-26; Hechos 7:37; Hebreos 12:18-24

Isaías vio al Señor «alto y exaltado», y esa visión lo inspiró a cumplir la voluntad de alguien tan exaltado y santo, pero su visión de Dios no reveló plenamente las glorias del carácter divino tal como las vemos hoy. Isaías no comprendió, como nosotros tenemos el privilegio de hacerlo, la maravillosa profundidad y

armonía de los atributos de Dios —su sabiduría, justicia, amor y poder—, tan acertadamente representados en los «serafines» que vio en su visión. Isaías 6:1-8

Cuando los cielos se abrieron ante Jesús, se le reveló el significado de las profecías del Antiguo Testamento relativas al propósito de su ministerio terrenal: que debía sufrir y morir por la humanidad. En ese momento no fue posible explicarles plenamente esas cosas a sus discípulos, pues, como dijo Jesús, no eran capaces de «soportarlas ahora». (Juan 16:12) Más tarde, cuando Jesús les explicó las Escrituras sobre el significado de su muerte, sus corazones ardían dentro de ellos, a medida que adquirían una mayor comprensión de estas cosas. Lucas 24:32

Fue en el Pentecostés cuando el significado de la visión se amplió para incluir el «llamado» de la iglesia. (Hechos 2:36-39) Entonces, los seguidores asidos de Cristo aprendieron más a fondo acerca de su privilegio de sufrir y morir con el Maestro, participando así de los «sacrificios mejores» de esta era. (Hebreos 9:23) Esta preciosa verdad también se perdió de vista durante la Edad Media, pero forma parte de la gloriosa visión con la que hemos sido bendecidos hoy.

La visión a la que Pablo no desobedeció era gloriosa en todas sus implicaciones. En ella, vio que el plan de Dios había avanzado hasta incluir a los gentiles y ofrecerles la oportunidad de convertirse en coherederos con los judíos en las promesas del reino. (Efesios 2:11-22) Más tarde, a Pablo se le concedieron otras visiones. Fue «arrebataado al tercer cielo» y al «paraíso» —unos «cielos nuevos y

una tierra nueva, en los cuales mora la justicia»— y vio cosas de las que no se le permitió hablar porque aún no era el momento oportuno. (2 Corintios 12:1-4; 2 Pedro 3:13) Hoy, nosotros también podemos ver, con los ojos de la fe, el «tercer cielo» y saber lo que Pablo vio en el «paraíso». Él vio cumplido el propósito de Dios de la futura restauración, y a toda la raza humana viviendo en un Edén mundial de vida perfecta y paz en la tierra. (Isaías 51:3; Ezequiel 36:33-36) A Pablo no se le permitió revelar lo que vio, pero a nosotros nuestra visión nos impulsa a anunciar al mundo entero las buenas nuevas del reino de Cristo que pronto se establecerá. Mateo 24:14; 2 Timoteo 4:2

La responsabilidad de la Verdad

Como hemos señalado, cuando en la antigüedad Dios daba visiones a sus siervos, estas eran encargos para el servicio. Lo mismo ocurre con la visión de la Verdad con la que Dios nos ha favorecido. Hay algo que debemos hacer al respecto. Para nosotros también es un encargo de servicio, así como un encargo que incluye condiciones y requisitos que deben cumplirse para que nuestro servicio sea «santo, agradable a Dios». Romanos 12:1

Queremos que nuestras manos sean utilizadas en el servicio de Dios. Queremos que nuestros pies sean veloces para llevar el mensaje del amor divino a fin de «consolar a todos los que lloran» (Isaías 61:2). Deseamos usar nuestros labios y nuestras lenguas para hablar de su amor. De hecho, si interiorizamos el espíritu adecuado de la visión, queremos que todo lo que poseemos sea utilizado en el servicio de Dios. «Nada, Señor, te negaría», es lo que le

diremos a aquel que ha abierto los ojos de nuestro entendimiento para contemplar su gloria. Con gusto le dedicaremos todo lo que tenemos.

Todo esto forma parte de nuestra obediencia total a la visión celestial. Pablo escribió que debemos someter «todo pensamiento» a la obediencia a Cristo. (2 Corintios 10:5) Solo esto será plenamente agradable al Señor. Cristo dijo que debemos dejar que nuestra luz brille y, además, describió las muchas cualidades de la justicia que harán que nuestro llevar la luz sea aceptable ante Dios. (Mateo 5:16; Filipenses 2:15) Entreguémonos, pues, por completo al poder de la Verdad y, en nuestra obediencia a la visión, regocijémonos en cualquier experiencia que pueda surgir. El tiempo es corto. Seamos fieles mientras aún tengamos la oportunidad.